

obvias hasta 1852— se había convertido en un referente obligado.

Cierra el estudio un capítulo, ilustrado con los dibujos y apuntes del autor, en el que se reúnen los epígrafes (27 en total) que Valcárcel registra en los escritos inéditos que en el mismo se presentan (pp. 109-119); este elenco no contiene inscripciones inéditas, pero sí valiosos datos al respecto de la ubicación de las piezas.

El volumen se completa —índices, bibliografía e ilustraciones aparte— con un cuidado y utilísimo apéndice documental anotado en el que se registran, además de los trabajos ya mencionados, la transcripción y los originales de diversas cartas, informes y oficios que permiten al lector conocer, sin intermediarios, a tan interesante personaje. Bien hallado, Conde de Lumiares. • María del Rosario HERNANDO SOBRINO, *Universidad Complutense de Madrid*.

Armando ALBEROLA y Jorge OLCINA (eds.), *Desastre natural, vida cotidiana y religiosidad popular en la España moderna y contemporánea*, Alicante, Universidad de Alicante, 2009, 470 p.

Este libro es resultado —indican sus editores— de una de las reuniones científicas celebradas por un grupo de investigación interdisciplinar, constituido en la Universidad de Alicante hace una década con el objetivo de estudiar las consecuencias en las sociedades campesinas de acontecimientos meteorológicos de rango extraordinario, catástrofes naturales, epidemias y plagas. No es, por tanto, producto de la improvisación, ni fruto de una moda o del interés repentino por abrir nuevos campos de estudio, sino el precipitado de una línea de investigación que, a juzgar por los nueve trabajos que integran el volumen y por otras obras de sus autores, algunas de ellas bien cono-

cidas, está mostrándose muy fructífera.

El grueso de este volumen lo forman cinco estudios históricos. El primero de ellos se debe a Armando Alberola, pionero y autor de obras básicas sobre la materia, quien ofrece las pautas metodológicas fundamentales para abordar este campo de estudio, centrando su atención en distintos casos de sequías e inundaciones y en los terremotos de Montesa (1748) y Lisboa (1855). A continuación, María Antònia Martí Escayol, basada en el análisis de 19 dietarios de campesinos catalanes, muestra cómo esos campesinos fueron elaborando un conocimiento a partir de los datos empíricos derivados de la observación de la naturaleza que se fijó en la memoria colectiva y sirvió para afrontar los riesgos naturales o, al menos, para minimizar sus consecuencias negativas. María de los Ángeles Pérez Samper ofrece, por su parte, una exhaustiva exposición sobre los efectos en la alimentación de inundaciones ocurridas en el siglo xvii en diversos puntos de la monarquía española. Gloria Franco realiza un brillante análisis de la vida cotidiana durante la época moderna, poniendo de manifiesto que la sociedad campesina de ese tiempo vivió bajo una constante amenaza de origen desconocido, ante el cual la reacción dominante fue de carácter religioso. En esta misma dirección se orienta el texto de Tomás Peris Albentosa, referido a una comarca valenciana. Merece la pena reparar en el conjunto de advertencias metodológicas relativas al estudio de la historia del clima que ofrece Peris al final de su trabajo, pertinentes y muy inteligentes.

Completan el volumen otros trabajos que, sin renunciar a la visión histórica, resaltan aspectos diversos derivados de las situaciones catastróficas. Anna Ribas Palom realiza un documentado recorrido sobre las inundaciones en Gerona desde el siglo xvii hasta 2005, prestan-

do atención a la ocupación humana de los espacios susceptibles de ser inundados. Pablo Giménez Font estudia la cartografía relativa a las alteraciones de cursos fluviales en la España mediterránea como indicador muy elocuente de la percepción de la naturaleza, con lo cual abre un horizonte de gran utilidad no solo para el geógrafo, sino también para el historiador. Mariano Barriendos y Carmen Llasat explican con precisión la llamada «anomalía Maldá», que designa la alternancia de episodios climáticos de signo contrario y gran intensidad ocurridos en poco tiempo. Cierra el volumen un ensayo muy sugerente de Jorge Olcina acerca de las teorías explicativas del cambio climático desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Los textos aludidos se fundamentan en una extensa bibliografía y en fuentes poco utilizadas, a veces desconocidas (diarios, correspondencia de muy diversa naturaleza, relatos anónimos o de autores poco significados...), así como en documentos diversos usados habitualmente con otros fines, como sermones, historias locales, informes de autoridades, etc., cuya utilidad, a los efectos perseguidos en este caso, queda bien patente. Desde el punto de vista metodológico, este es uno de los puntos de interés del libro que nos ocupa.

Un segundo elemento a destacar –tal vez el más sobresaliente– es el conocimiento que nos proporcionan los trabajos aquí recogidos sobre el ideario y el comportamiento de las sociedades campesinas. Queda patente que esas sociedades fueron perfectamente conscientes del alcance de los fenómenos naturales catastróficos, los cuales describieron a veces con detalle, pero se hallaron ante la dificultad de explicar sus causas y, sobre todo, de hallar los medios para aminorar sus efectos negativos. Las explicaciones se

orientaron, generalmente, en clave religiosa, como castigo o admonición divina (a veces, también como producto de brujería o malas artes) y, como es lógico, las reacciones más llamativas fueron asimismo de carácter religioso (rogativas, procesiones, etc.). Pero como muestran varios de los estudios incluidos en este volumen, la constatación de este hecho no implica que todo se cifre en el arraigo en esas sociedades de la mentalidad religiosa, que es la interpretación más fácil, pero quizá la menos explicativa. Existen muchos matices. Hay que tener en cuenta, como se hace aquí, la instrumentalización de las catástrofes naturales por parte del clero para incrementar su influencia social (no solo sobre las conciencias de los individuos, sino también para obtener beneficios económicos) e imponerse a las autoridades civiles. Por lo demás, es visible la tensión entre la mentalidad popular y la científica (esta última poco extendida y a veces despreciada), así como la coexistencia de soluciones religiosas y otras de carácter técnico, derivadas de la experiencia de los propios campesinos, sin que ambas puedan ser consideradas excluyentes.

Los estudios reseñados apuntan otro aspecto de un interés indudable a mi juicio. Se trata de la incidencia en la mentalidad de los individuos de la inseguridad permanente provocada por los fenómenos naturales no controlables. El miedo a un Dios justiciero (el del Antiguo Testamento, en el que insiste el discurso clerical), ante el que el individuo es un ser insignificante y la naturaleza fuente de males, determinan un conjunto de rituales religiosos pero también contribuyen a interiorizar un concepto peyorativo de la naturaleza, fuente de males, y del ser humano, condicionado por el pecado, que explica muchos elementos de la cultura moder-

na. A veces, y esto es una prolongación inevitable de ese sentimiento, se señaló a los clérigos, por su vida desordenada, como responsables de las catástrofes, lo cual contribuye a entender determinadas reacciones anticlericales (lo que Caro Baroja denominó, desde una perspectiva antropológica, «anticlericalismo popular» o «tradicional»).

Este volumen, en definitiva, es un ejemplo extraordinario de las posibilidades que para la historia cultural, como es el caso, ofrece este nuevo campo de estudio cuando se realiza con método y con rigor, como ocurre en las colaboraciones que lo integran. Solo cabría, quizá, formular un reparo general: las repeticiones de algunos conceptos en los distintos textos, pero esto resulta, tal vez, inevitable y es consecuencia casi ineludible del objetivo general planteado. • Emilio LA PARRA LÓPEZ, *Universidad de Alicante*.

Vittorio SCIUTI RUSSI, *Inquisizione spagnola e riformismo borbonico fra sette e ottocento. Il dibattito europeo sulla soppressione del «terribile monstre»*, Firenze, Leo S. Olschki, 2009, 372 p.

Voici un livre qui dépasse largement son objet. De tous les bouleversements qui accompagnent la Guerre d'indépendance, la suppression de l'inquisition fut sans doute celui qui suscite les débats les plus passionnés. Seules les controverses sur la nature de la souveraineté peuvent lui être comparées. Non en vain, car les deux questions touchent à ce qui constitue l'apport essentiel de la période révolutionnaire : la réorganisation des rapports entre le politique et la religion. Là est le débat. Sur la nécessité de tenir strictement en bride le roi, tous sont d'accord, même les Perses, surtout après que Ferdinand ait vendu à Napoléon le peuple qui s'était donné à lui, portant un coup aussi fatal que définitif à l'ab-

solutisme qu'avaient pratiqué ses pères. Sur les principes qui doivent fonder ce contrôle en revanche, la rupture est brutale entre ceux qui défendent l'idée du libre choix de la nation et ceux qui pensent que tout est écrit dans une volonté divine immuable que l'homme se contente de mettre en pratique. C'est ce débat qui est le véritable sujet du livre : selon la manière dont on le tranche, on prend parti pour ou contre l'inquisition; à l'inverse opiner sur l'inquisition oblige à se définir sur les questions de fond, car l'inquisition est le produit d'un équilibre spécifique entre la société civile et la société ecclésiastique. Toute variation de celui-ci la fait vaciller.

Les questions soulevées mettent en jeu le plus profond de l'être, plus encore en Espagne, où l'intégration du religieux et du civil fut portée au plus haut. Dès la fin des années 1790, un intense débat se développe dans des cercles encore réduits à propos du Saint Office. Il prend le relais d'un autre, feutré, étouffé par la censure et par sa technicité, par le souci des parties de ne point mobiliser sur des questions vitales un peuple qui deviendrait vite incontrôlable, mais un débat d'une extrême dureté, qui court depuis le milieu du siècle à propos du droit de réforme de l'Église par le roi. Il en constitue l'amplification, sous l'effet d'un changement du contexte international pour cause de Révolution française.

L'abolition des inquisitions est l'un des grands thèmes de la pensée européenne du XVIII^e siècle. La réforme de Pombal, curieusement absente de l'ouvrage, l'abolition de l'inquisition de Sicile (1782), les réformes que mènent à bien d'autres États italiens, accentuent la pression que la communauté intellectuelle « illustrée » de l'Europe entière exerce sur ses homologues espagnols. Il faut lire les correspondances que cite l'ou-